

Ciencias sociales y sociedad: notas para iniciar la discusión

Jorge Orlando Melo

Un nuevo consenso

En los diversos documentos que han sido preparados para este encuentro, aparece en forma muy clara que hemos ido llegando en el país a una especie de nuevo consenso, en el que los elementos de desacuerdo y argumento se vuelven marginales o secundarios. Sin duda, esto permite una convergencia muy fecunda y da las bases para un diálogo que se apoye sobre una base común. No deja sin embargo de tener peligros, en la medida en que se puede convertir en una nueva forma de ortodoxia, de la cual nadie se atreva a disentir y que apague las voces que parezcan discordantes, que son siempre necesarias para mantener un debate interesante y productivo entre los científicos sociales.

Podría aventurarse la hipótesis de que este consenso tiene mucho que ver con la evolución del grupo de científicos sociales que hoy son reconocidos como los más activos, creadores y serios de Colombia. Este grupo vivió experiencias comunes o similares, que le dan un cierto carácter generacional. Formados en la década del sesenta y comienzos del setenta, casi todos los miembros de esta primera generación de profesionales en la ciencia social, alumnos díscolos de los pioneros de la ciencia social, la filosofía y la historia, compartieron una experiencia de militancia en la izquierda que dejó rasgos que no han desaparecido del todo, pero cuyos patrones ideológicos han sido remplazados por un compromiso más modesto con la investigación y la reflexión y por posiciones políticas de carácter más bien reformista y gradualista.

Además, las grandes teorías, los fundamentos filosóficos que configuraron el aparato conceptual de los primeros trabajos de este grupo, han ido deshaciéndose y hoy, si mucho, se admite la relevancia de las teorías de alcance medio, cuando no se exhibe más bien una modesta reticencia a cualquier forma de afirmación teórica.

Los diferentes diagnósticos presentados tanto por el documento

de Colciencias como por los comentaristas, coinciden en ver la ciencia social reciente como inmersa en el contexto de esa acelerada modernización que predica la evolución reciente del país. Se apoyan también, implícita o explícitamente, en el fin de las ilusiones revolucionarias, en la necesidad de enfrentar como primera urgencia los problemas de la violencia que han marcado la historia de las últimas décadas, en el imperativo de impulsar una cultura de diálogo, convivencia y solución negociada de conflictos, y en la comprobación de la multiplicidad social y cultural de la sociedad colombiana.

Si el diagnóstico es compartido, lo mismo ocurre con las principales propuestas planteadas. Nadie quiere mantener una ciencia social alejada del Estado o definida únicamente por una actitud crítica ante éste o ante la sociedad. La legitimidad de una investigación social vinculada de modo expreso con el Estado es reconocida como normal y conveniente. Esto no impide, por supuesto, admitir los peligros que pueden presentarse cuando la investigación se somete a prioridades de corto plazo definidas por el Estado o cuando la contratación con éste se convierte en fuente central de financiación y definición de problemas; el riesgo de hacer una investigación estrechamente pragmática o de abandonar los trabajos de interpretación relativos a procesos de largo plazo de nuestras sociedades es sin duda grave y por ello son razonables los *caveats* lanzados por varios de los comentaristas.

También es muy fuerte el consenso acerca de los criterios básicos que dan legitimidad a la investigación: el reconocimiento de que la prioridad en todo proceso de asignación de recursos hay que darla ante todo a la calidad, aún por encima de criterios de pertinencia o relevancia social, pero sin desconocer que éstos también deben tenerse en cuenta: la validez de la investigación básica al lado de la investigación aplicada; la importancia de la interdisciplinariedad, pero procurando que no rompa la autonomía de cada área y sin que sea el resultado de imposiciones administrativas; el reconocimiento del valor del pluralismo científico y metodológico y de la convivencia de que coexistan múltiples paradigmas en cada ciencia.

La crisis del radicalismo

No es difícil enumerar, así sea superficialmente, los rasgos y convenciones mentales, muchas veces contrapuestos y poco homogéneos, del radicalismo que caracterizó a amplios sectores de

las ciencias sociales durante los decenios del sesenta y setenta.

Una historia de la visión política de la ciencia social desde los orígenes del Frente Nacional hasta hoy, ofrecería, sin duda, material para las más curiosas e irónicas comprobaciones, pero nadie la ha hecho hasta ahora, con excepción de algunos fragmentos sobre las grandes guerras tribales de los antropólogos. Los debates sobre el modo de producción, la discusión sobre las relaciones del marxismo con otras formas del pensamiento social, las críticas, como empiristas, a las metodologías que trataban de corregir el mapa de la teoría con información proveniente de la experiencia y no únicamente de otros mapas teóricos, los grandes debates alrededor de los cambios en los planes de estudio, las predicciones acerca del inevitable estancamiento de la economía, el triunfal desarrollo de las luchas populares o el inminente golpe militar son apenas algunos de los nudos de esas discusiones que tenían mucho de estériles, pero que no dejaron de contribuir a la formación de nuestras herramientas conceptuales, cuya complejidad respalda hoy empresas intelectuales menos soberbias.

Durante la década del ochenta comenzó a derribarse ese edificio de teoría y otras urgencias comenzaron a reorientar la ciencia social. La consolidación de la democracia, abierta o larvadamente, se fue haciendo más importante que el cambio radical del sistema. La violencia fue perdiendo su prestigio de partera de lo nuevo para aparecer como ciega y estéril máquina de destrucción. La crítica moral a quien hiciera su compromiso con la ciencia y la investigación y no con la militancia cesó casi por completo. La gran teoría se fue derrumbando y en su lugar fue ganando espacio el análisis parcial y fragmentado de procesos de modernización, la comprobación casi etnográfica de nuestras diversidades y nuestras violencias, la investigación histórica que se atrevía a hablar de nimiedades como la vida familiar o los partidos tradicionales.

Hoy, es cierto, hay nuevas formas de radicalismo, que tratan de llevar a sus últimas consecuencias este proceso de destrucción de los discursos universalistas. El postmodernismo, en algunas de sus formas, o la afirmación de igual validez de todos los discursos, en particular los que tratan de proteger las experiencias culturales propias de los grupos étnicos o marginados, se enfrentan a las corrientes más compartidas y tal vez rutinarias de los que seguimos hablando de modernizaciones incompletas y contradictorias y mantenemos la apuesta en cierto racionalismo que no reniega del todo de la Ilustración. Este es un debate importante, así adopte a veces formas más teatrales que discursivas, y aunque

parezca otra vez demasiado dependiente del ritmo de publicaciones de los maestros europeos. Ojalá haya quienes, desde diversos puntos de vista, desarrollen esta discusión y mantengan viva la preocupación por los problemas teóricos básicos, que muchos han preferido abandonar.

Las limitaciones del saber

Los intelectuales, y entre ellos los científicos sociales, tienden a formarse una idea algo omnipotente de su poder y del poder de su disciplina, al menos cuando se enfrentan al problema de las relaciones entre lo que hacen y el desarrollo de la sociedad. Se sienten responsables de consecuencias que de ningún modo pueden derivarse de la acción modesta y limitada de unos cuantos científicos que publican informes o los entregan a quienes los han encargado, y piensan que un trabajo de la más alta calidad influirá en forma sustancial sobre el cambio social.

Vale la pena, aunque sea algo elemental, reiterar que el saber, y en particular el saber social, es siempre incompleto y parcial: la sociedad es infinitamente rica, frente a los modelos, esquemas de explicación, versiones simplificadas, reducciones inevitables de escala, trasposiciones a planos menos numerosos, con los cuales los científicos sociales tratan de explicar y de construir la llamada realidad. Las fuerzas que mueven la sociedad resultan por ello en buena parte imprevisibles, aunque haya algunos aspectos de ella en los que es posible deducir hacia dónde nos dirigimos. Y, sobre todo, el conocimiento social es apenas una entre todas aquéllas que afectan la evolución social y que configuran una composición de fuerzas compleja e inestable. Este conocimiento es importante, pero no tanto porque los científicos sociales puedan ofrecer soluciones a problemas concretos y bien delimitados que sean mucho mejores que las que encuentren los políticos u otros actores con más información y poder, sino porque la existencia de una comunidad con una buena conciencia de sus características, con un buen nivel de conocimiento propio, debe, si la apuesta racionalista puede sostenerse, tomar sus decisiones en forma más adecuada y sin dejarse arrastrar por las trampas y seducciones ideológicas más elementales.

O también porque la información y el conocimiento, a diferencia de lo que constituye el poder económico o político, puede compartirse más fácilmente y contribuir a un sistema algo más democrático y participativo. No es pues en la capacidad de definir y acotar situaciones

complejas para proponer soluciones viables donde puede residir su mayor importancia para la sociedad, sino en su capacidad para hacer a ésta consciente de la complejidad, variedad y diversidad de sus procesos.

Por ello, para volver a un terreno más inmediato, creo que las prioridades en el desarrollo de la ciencia social hay que ponerlas más en el impulso al análisis que en la búsqueda de propuestas para enfrentar problemas prácticos. No es tanto el temor a que el esfuerzo por resolver las urgencias sociales subordine indebidamente a los científicos sociales en relación con el Estado lo que justifica esta opción, sino la necesidad de seguir construyendo una disciplina sólida, apoyada en las teorías y modelos más desarrollados, abierta al mundo actual.

Lo demás es importante: el aporte a la solución de problemas concretos, la descripción de situaciones reales para generar información que permita tomar decisiones específicas, pero eso sólo puede hacerse si sigue avanzando el cuerpo central de la teoría social, el análisis de los problemas de largo plazo del país. El peligro del pragmatismo no se evita rehuyendo las actividades de investigación concretas derivadas de las urgencias políticas o estatales, investigaciones útiles y convenientes, sino desarrollando los elementos básicos del conocimiento social.

Por estas consideraciones, miro con alguna aprehensión los esfuerzos por determinar, mediante mecanismos administrativos, prioridades para la investigación. Es evidente que hay que establecerlas, y que una entidad que administra recursos limitados debe asignarlos con base en criterios que no pueden definirse si no se han fijado tales prioridades. Pero pienso que la tarea central corresponde a la comunidad científica misma, y que es ella la que, mediante sus propios mecanismos autónomos —la consolidación de grupos con amplia capacidad de investigación en las universidades, el desarrollo de áreas de interés en los departamentos académicos, la evolución real de los debates teóricos— debe hacerlo, mediante un mecanismo más cercano al funcionamiento de un mercado liberal —si la comparación no resulta chocante— que a una planificación burocrática.

Los administradores públicos de recursos para investigación deben enfrentar, inevitablemente, este problema, pero no me parece lógico que la comunidad científica asuma esta función desde la perspectiva de las necesidades del Estado y no del desarrollo de las disciplinas. Los recursos estatales para investigación social, y que son

administrados por institutos descentralizados del sector, ministerios, corporaciones regionales de Desarrollo, etc., obviamente constituyen parte esencial de la demanda de investigación, y deberían ofrecer recursos mayores y de más fácil utilización mediante la contratación de investigaciones, realizadas por personas que pertenezcan a la institución contratante. Esta parte debe atenerse, es obvio, a un estricto régimen de prioridades, fijadas por el Estado. Colciencias, en mi opinión, debe mover, con el poder de sus limitados recursos, la curva de de preferencias en dirección, no de la investigación aplicada, sino de la consolidación de las disciplinas y su desarrollo de plazo mediano y largo. De esta manera, su acción resulta complementaria al desarrollo propio de las comunidades científicas y a la demanda directa de servicios por parte del Estado —o de otros agentes sociales igualmente importantes.

Estado y sociedad

Por último, quiero indicar que aunque veo con toda simpatía el vínculo de los investigadores y el Estado, no me parece conveniente que esta relación absorba y anule otras formas de entrelazamientos de la ciencia social y la sociedad. Hay otros actores y agentes sociales para los cuales la ciencia social es relevante, como los sindicatos, los gremios profesionales, las organizaciones sociales, las minorías que luchan por reducir las formas de discriminación a que se encuentran sometidas, los promotores de la organización y participación populares, las empresas y los gremios productivos, las iglesias. Tener como interlocutores a estos grupos puede contribuir a frenar el proceso dañino de homogeneización del discurso de la ciencia social que empieza a emerger en el horizonte de la ciencia social colombiana. Hay que estimular todas las formas de trabajo intelectual que contribuyan a mantener vigentes perspectivas alternativas y contrapuestas, y que mantengan vivo el diálogo entre paradigmas diferentes.

Dadas las tendencias para consolidar el consenso, es importante mantener presente la necesidad de que se ofrezcan nuevas ideas, nuevas interpretaciones, y de que quienes están por fuera de las formulaciones que se van haciendo convencionales, tengan espacio y apoyo para desarrollar disidencias y vanguardias. De otro modo, el escaso debate sustantivo que caracteriza a la ciencia social colombiana actual se irá reduciendo cada día más, hasta desaparecer

en un diálogo de cortés reconocimiento de cualidades y merecimientos mutuos.

Además, y para cerrar esta exposición ya extensa, quiero subrayar la importancia de que los científicos sociales hagan un esfuerzo mayor de divulgación hacia la sociedad en general, de los resultados de su trabajo. Algo se ha hecho en esta dirección, sobre todo en el caso de los estudios históricos, que han generado verdaderos bestsellers, como *Colombia hoy*, el *Manual de Historia* de Colcultura o la *Nueva Historia de Colombia*, de Planeta, o permiten la existencia de una revista mensual de divulgación, *Credencial Historia*, con una circulación de más de 60.000 ejemplares. Pero en general, la ciencia social no ha avanzado mucho en esta dirección, que permite dar relevancia al papel cultural o las ciencias sociales: su capacidad de impulsar el desarrollo de formas de mentalidad colectiva más modernas y capaces de participar activamente en una sociedad democrática y creadora.

Quirama, Rionegro, 1992. Publicado en Francisco Gutiérrez, ed., *Programas nacionales de ciencia y tecnología, Los retos de la diversidad: bases para un plan del programa nacional de ciencias sociales y humanas*, Bogotá, Colciencias, 1992.